

Horacio Pino Sanhueza

HUELLAS DE LA MEMORIA

RELATOS EN LA VEJEZ



ElOtroCuarto
EDITORIAL

HUELLAS DE LA MEMORIA

RELATOS EN LA VEJEZ

HUELLAS DE LA MEMORIA

Relatos en la vejez

© Horacio Pino Sanhueza

Primera edición: octubre, 2025

Inscripción n.º

ISBN

Fotografía: Roberto Morales

Impreso en Santiago de Chile
por Grupo Donnebaum



Licencia Creative Commons

Diseño, edición y diagramación

Editorial ELOtroCuarto

www.elotrocuarto.cl

HUELLAS DE LA MEMORIA

RELATOS EN LA VEJEZ

Horacio Pino Sanhueza

Ediciones **ElOtroCuarto**

*El pasado no está muerto,
ni siquiera es pasado.*

WILLIAM FAULKNER



Taller de Rescate de Memorias en la Vejez

Centro diurno «El Patroncito» del Hogar de Cristo, Talagante
Septiembre de 2014

INTRODUCCIÓN

DONDE ALCANZA LA MEMORIA

En 2014, en medio de la búsqueda de estabilidad laboral que me permitiera continuar con tranquilidad en el arte de la escritura, emprendí un sendero que, sin saberlo entonces, me conduciría a una de las experiencias más reveladoras de mi vida: trabajar en el rescate de las memorias: materia prima para la creación de libros.

Luego de egresar de la carrera técnica de Gestión Social e Integración de Personas Mayores, con la rigurosidad de los textos académicos y la praxis con organizaciones de adultos mayores, descubrí que mi verdadero aporte no radicaba únicamente en el conocimiento de las ciencias sociales, sino en la confluencia de estas con la literatura —oficio que me ha acompañado desde muy niño—. Este me entregaba la posibilidad de dotar de voz y permanencia a quienes, por el mero hecho de haber habitado este mundo durante seis, siete, ocho, o incluso nueve décadas, atesoraban historias dignas de ser narradas y plasmadas en un libro.

Así, me convertí en un observador paciente, en una suerte de arqueólogo de la memoria que buscaba desentrañar necesidades y anhelos, más allá de las demandas estructurales de pensiones y salud. Comprendí que la carencia más profunda de nuestros mayores no solo residía en lo material, sino en el olvido; en la falta de oídos dispuestos a escuchar. En una sociedad que avanza con la vertiginosidad de la modernidad, sus voces se diluían, sus relatos quedaban atrapados en la maraña del tiempo de un pasado muy reciente, que parecía distanciarse siglos de nuestra actualidad.

Jean Paul Richter afirmó con precisión que «la memoria es el único paraíso del que no podemos ser expulsados», y en efecto, es en ella donde residen las huellas de la existencia. No distingue entre clases económicas, linajes o títulos; toda vida es un relato en potencia, una historia digna de ser preservada.

Bajo esta premisa, inicié mi travesía en el centro diurno «El Patroncito» del Hogar de Cristo en Talagante. Espacio que albergaba diariamente a medio centenar de personas mayores. No era un hogar permanente, sino un refugio diurno, donde la compañía, el alimento y la asistencia biopsicosocial se convertían en los pilares de su cotidianidad.

En el umbral de aquella casona de muros generosos y patios vastos, me recibió un microcosmos de vidas que contenían la fuerza de generaciones enteras. Allí estaban descendientes de antiguos inquilinos de los fundos de Talagante, hombres y mujeres cuyas manos habían labrado la tierra, cuyas infancias transcurrieron entre campos, que eran al mismo tiempo territorio de labor y reino de juegos. La memoria

colectiva de un mundo en extinción latía en cada uno de ellos, esperando la oportunidad de ser contada.

Me reuní con Claudia y Nicole, directora y técnica social del recinto, quienes me escucharon con una mezcla de curiosidad y escepticismo cuando propuse un proyecto de rescate de memorias. La idea era sencilla en apariencia, pero profunda en su ejecución: encuentros grupales donde, mediante la conversación, reconstruiríamos los ciclos vitales de sus vidas, sus alegrías y pesares, ensamblando poco a poco el mosaico de sus biografías.

«No sé si abrirán su corazón y recuerdos», me advirtió Nicole con cautela. «Intentémoslo», respondí con la certeza de que en esas voces descansaba un testimonio invaluable de los últimos bastiones de principios del siglo XX, un relato que merecía resistir la erosión del olvido.

Así emergieron las historias: Claudio, quien creció entre veinticuatro hermanos y para quien el fundo no era solo un campo de trabajo sino un universo infinito de escondites y aventuras. Don Orlando, que con apenas diez años fue considerado «todo un hombre» por su patrón y, en consecuencia, recibió la responsabilidad de manejar sus vehículos. Margarita, que esperó veinticinco años para separarse de un marido abusivo porque en su época el matrimonio era una atadura perpetua, una sentencia sin apelación. Norma, cuyo mayor sueño no era la riqueza ni el reconocimiento, sino una lavadora automática, símbolo de emancipación femenina frente al peso de la domesticidad impuesta.

Cada testimonio se convirtió en un eslabón en la cadena de la memoria territorial, un fragmento de historia personal

que, al unirse a otros, delineaba el retrato de un Chile rural que lentamente se desvanece.

Con cada vida registrada, entendí que mi labor trascendía la mera recolección de datos: era un acto de resistencia contra el olvido, un intento de fijar en el tiempo lo que, de otro modo, se desaparecería con la muerte de sus portadores. Como un escriba de lo efímero, me impuse la misión de immortalizar estas voces en libros, para que las generaciones futuras no solo las lean, sino que comprendan que el pasado no es un vestigio inerte, sino una raíz que sostiene el presente.

Porque la memoria, como el viento en los campos de Talagante, sigue soplando mientras haya quienes la escuchen. Y yo, en mi modesta labor de escultor del tiempo, me comprometí a seguir sus huellas, a impedir que se disipen como polvo en la brisa, a hacerlas perdurar en la única inmortalidad posible: la de la palabra escrita.

EL HOGAR DE CRISTO

Aún se percibía el espeso aroma a cenizas proveniente de la chimenea de aquel amplio salón, donde esas frías tardes de septiembre ardían leños hasta que todo el mundo se iba a acostar. Los sillones se encontraban, como de costumbre, uno pegado al otro, en una interminable fila que se acababa justo a los pies de un plasma de cuarenta pulgadas, estrenado para la Copa Confederaciones de Rusia 2017. En el centro se encontraban mesas y sillas utilizadas diariamente de comedor. Las paredes cubiertas por cuadros añejos de San Alberto Hurtado y la Virgen del Carmen, seguidos por Juan Pablo II y Laurita Vicuña, brindaban un acogedor y hogareño ambiente para los más de cincuenta ancianos que vivían en ese hogar.

En una esquina don José sonrío, calmo, mimetizado con el silencio y la pasividad de Talagante. De fondo, se oye el revolotear de aves cantoras que vuelan de nido en nido, confundiendo su aleteo entre los cada vez más floridos árboles que anuncian la inevitable y cercana llegada de la primavera. El estruendoso ronquido de seres humanos, entremezclados por diversas habitaciones, termina de adornar la escena. El reloj mural marca las 6:40 de la mañana.

El sol, tímidamente, asoma sus primeros rayos cuando don José saca de su bolsillo una pequeña radio a pilas. Lentamente la enciende, dándole el suficiente volumen para ser legítimamente entendido por uno de sus oídos. Sintoniza la 101.3 Radio Corazón, desde donde, alegremente, le comentan cada mañana las noticias políticas, policiales, económicas y deportivas. El locutor relata los últimos portonazos y femicidios, sumado a los escandalosos fraudes al fisco de honorables conciudadanos, y el sobreseimiento de un diputado, formalizado por cohecho en la redacción de una importante ley. Un país lejano resuena en su mente, pero no por mucho tiempo, ya que otro periodista se detiene en Alexis Sánchez y su fallido traspaso al Manchester City de Inglaterra. Pienso que, en sus tiempos, un jugador como el Niño Maravilla hubiera sido campeón del mundo, con el ajustado y colorido uniforme de la selección de Fernando Riera y con su amado Colo-Colo, hubiera conquistado un par de veces la Libertadores y cuánta copa le pusieran por delante. Se imaginó emocionado celebrando esos triunfos con los hijos que nunca tuvo.

Todos los días comenzaba la jornada con la alegre música del dial escogido, pero esa mañana amaneció especialmente nostálgico y comenzó a girar el sintonizador de la radio con su meñique: pasó por noticiarios y modernas canciones cumbiancheras que lo hacían encender el ritmo, pero no lo suficiente, pues lo que realmente le provocaba mover sus pies de forma inconsciente, eran las rancheras del charro de México: Antonio Aguilar. Nada de eso lo estremeció, sino hasta que se detuvo en Lucho Gatica, con su apesadumbrada voz, pidiéndole al reloj que detuviera el camino, porque la vida se acaba y ella es la estrella que alumbra su ser, y que

sin su amor no era nada... José comienza a sonreír. Sin duda aquella pausada melodía lo traslada a tiempos mejores. Dejando la radio entre sus piernas, empieza a cruzar sus brazos, como quien sostiene a una compañera al son de un bolero. Sin dejar de iluminarse, menea sus caderas y esboza tiernos y continuos suspiros, seguido por exagerados gestos de olfateo, como quien huele el perfume en las ropas y poros del ser amado. De pronto, el chillido de un fierro arrastrado por el piso lo interrumpe.

—¡Por la chucha! ¡Otra vez me pegué en esta mesa de mierda! —era Monito, el residente más popular del Hogar. Pelo cano, bajito, siempre con la chuchada risueña a flor de piel. Don José se puso de pie. Saludó a su compañero dándole los buenos días.

—Es la hora del desayuno —le dice Monito.

Ambos se incorporan, lentamente, al comedor, que ya estaba siendo poblado por tazones con leche y pancito caliente proveniente de la cocina. Poco a poco, comienzan a salir de sus habitaciones los demás ancianos. Algunos, se asoman en sillas de ruedas, conducidas por trabajadoras del hogar, otros llegan apoyados de burritos y bastones, caminan resueltos para recibir el primer alimento del día.

Don José se acercó a la cocina y comenzó a contarle a la cocinera que no pudo dormir bien, ya que siente una picazón en la espalda hace días.

—No la siento desde que soy cabro, oiga —le señala—. Con decirle que la otra noche me tuve que levantar cinco veces pensando que tenía el espinazo lleno de hormigas, pero fíjese que una señora tan rebuena que conocí por allá en Viña Mackenna con Santa Isabel, cuando yo cuidaba autos...

Puras joyitas por ese sector andaban en ese tiempo que le hablo yo. Me va a creer que confiaban las señoras mucho en mí, porque me llamaban por mi nombre y me encargaban personalmente el autito, después se iban a sus reuniones. Nunca me faltaba con quien conversar. Bueno, disculpe usted, es que me da vergüenza, pero se me van las cosas de la cabeza, es que la tengo media mala ya. El caso es que me gustaba el boxeo, es que no se imagina usted lo que era escuchar las peleas de ese negro tan rebueno: el Bombardero de Detroit. Es que me pegaba a la radio y no me sacaba nadie. Eso sí, después mi taita me andaba agarrando a coscachos, porque yo me creía boxeador y andaba dele puñetes todo el día: al aire, a los árboles, a los pájaros, a los otros cabros chicos, y hasta ahí no más me llegó la carrera de boxeador.

La cocinera sonreía y asentía con la cabeza mientras iba dejando en un mesón la merienda diaria por persona. Don José le ofreció ayuda, pero ella le dice que no se preocupe, que vaya a sentarse. Él se quedó parado unos segundos, con la secreta esperanza de que de algo podía servir y, así, revivir, a sus ochenta y dos años, el preciado tesoro de sentirse útil.

De fondo, se escuchan risotadas desde el comedor. El mismo hombrecito de la mesa de centro se encontraba de pie contando adivinanzas. Una mujer le dice al Monito que se siente a tomar sus remedios, pero él no hace caso y prosigue con su divertida rutina.

—¿Qué es una cosa larga, ancha, y que los hombres traen colgando enfrente? ¡Pues, la corbata! Otra. Entra seco y oliendo a goma, pero sale mojado y oliendo a pescado. ¿Qué es? ¡Pues, el buzo!

Los oyentes reían a carcajadas, no sin antes advertir la presencia de alguna autoridad, como en una sala de clases

repleta de niños haciendo travesuras, atentos a que no llegara el profesor y los sorprendiera con las manos en la masa.

—Ya, el último, —prosiguió Monito—. ¿Qué es lo que a la mujer le viene una vez al mes y le dura de cinco a seis días?

Se produce un silencio incómodo.

—¡Qué se van a acordar las viejas! ¡Es el sueldo del marido!

Todo el mundo estalla en risas. Don José, que escucha atentamente al Monito, se incorpora a la mesa riendo entusiasta, busca una silla desocupada y comienza a beber su taza con leche.

El televisor mostraba un reportaje a fondo de la selección dorada del fútbol chileno que, poco a poco, comenzaba a acabarse. El principio del fin fue la clasificatoria al mundial de Rusia 2018, cuya participación empezó a pender de un hilo luego de caer con los combinados de Paraguay y Bolivia.

En un sector, bajo la imagen de un santo, se encontraba don Clotario sentado en su silla de ruedas, quien había perdido sus piernas debido a una diabetes. El ritmo acelerado y descuidado de su vida le privó de los cuidados necesarios. El señor Augusto le seguía con un gorro de lana que cubría sus ojos, mandíbula abierta y la cabeza caída hacia atrás, durmiendo día y noche la larga siesta de su pesada existencia. Finalmente, la señora Eufemia y doña Eduvigis, quienes milagrosamente se encontraban sentadas y no como siempre deambulando todo el día por el hogar. Se quedaban sin camino para seguir avanzando, mientras emitían ininteligibles balbuceos, que ni el más paciente de los oyentes podía descifrar.

Las cuidadoras del hogar se ocupaban de aquellos residentes, pues requerían ser alimentados. Yacían desde hacía varios años echados a la suerte del minuterero con la vista per-

dida o la mente en blanco, divagando día y noche en, quizás, qué remotos rincones del ser humano envejecido.

En otra mesa, más cerca del televisor, se encontraba don Gregorio, Máximo y Manuel, discutiendo, seria y acaloradamente, las razones de la fallida clasificación directa al mundial y por qué no existió un recambio a una nueva generación de oro del fútbol chileno. Se sabían eruditos en la materia, pues uno de ellos había sido director técnico del glorioso Club Deportivo Escudo de Chile de Isla de Maipo, y se jactaba de haber derrotado a cuanto equipo le pusieran por delante. Otro, se enardecía relatando los muchos goles que realizó siendo delantero en el Club Robert Kennedy cuando vivía en el fundo Naguayán. Todos los fines de semana se juntaban sagradamente y, orgulloso, relataba una y otra vez, día tras día, los más gloriosos encuentros deportivos que vivió junto a los chunchos Maureira. Mientras que el tercero —que en realidad nunca había tocado un balón de fútbol— contaba que en su juventud fue afamado por ser el mejor delantero de un club de Coltauco; anotando, incluso, en una ocasión, un gol de chilenita al mismísimo Misael Escuti.

Don José, siempre con la sonrisa en los labios, se sentía muy agradecido de lo que recién había comido. Sin previo aviso, corrió la silla en la que estaba sentado y se incorporó lentamente hacia la entrada principal. A nadie le llamó la atención, pues era sabido que su lugar preferido estaba en un sillón en el patio delantero, que daba directamente hacia la avenida por donde pasaban vehículos, cuyo máximo disfrute, era contar y separarlos mentalmente por color, diseño y año aproximado de su elaboración. No fueron pocas las veces que pensó estar en el 2150, pues quedaba asombrado con

los diseños que nunca en su larga vida pensó conocer. Del mismo modo, saludaba sacramente a algunos vecinos cada vez que pasaban por la calle.

Salía casi todos los días a caminar y esa jornada no fue la excepción. Se acercó a la secretaria, quien lo saludó cariñosamente. El anciano le solicitó que abriera la puerta para ir a comprar pilas para su radio. Poco a poco, fue incorporándose a la vereda y dirigió sus pasos hacia una villa cercana al hogar, pues ahí estaba el minimarket que solía visitar cuando a él o a alguno de sus compañeros le hacía falta cualquier cosa. En el camino algo le llamó poderosamente la atención, eran ciruelos en flor, cuyos pétalos blancos caían uno tras otro con el viento característico del noveno mes. El efecto, mientras descendían y estando en el suelo mismo, era como la nieve desplegada por la majestuosa cordillera. Siempre le gustó la nieve, aquella que veía en su juventud en la televisión de la señora Juanita, la primera vecina afortunada en tener magna tecnología, quien, por unas cuantas chauchas, dejaba que los niños y niñas de la población vieran, entre risas, el nuevo capítulo del Chapulín Colorado. Recordó de igual manera la blanca nieve, que tuvo la suerte de conocer una fría tarde en junio del 42 cuando tan solo tenía siete años. Al llegar a la calle colindante del boliche, se dirigió hacia la entrada de la villa, pero se detuvo un instante, perdiéndose en la curva que llevaba al centro de la ciudad, la cual, a su vez, daba a otras lejanas comunas. Una pared cubierta de enredaderas era la última visión que tenía; como si un verdadero bosque separara a José del resto del mundo, como si ese camino llevara al resto del mundo. Observó nostálgico pero satisfecho hasta donde le dio la vista, esbozó una pequeña sonrisa y se dispu-

so a cruzar la calle. Al llegar al negocio, se topó con una pequeña fila de personas que esperaban el pan, sumándose espontáneamente a ella. Miraba entusiasmado a los asistentes, buscando un tema de conversación con la expresión facial, pero la mayoría estaban ocupados en el Inicio de Facebook, y, el resto, pendiente de un baile de Patricia Maldonado y Lucho Jara en el matinal que mostraba un pequeño televisor que colgaba desde una esquina. Cuando llegó el turno de don José, saludó a la vendedora, quien le respondió amablemente con una enorme sonrisa y agradeciéndole a nuestro señor bendito Jesucristo por un nuevo día de vida.

—¿Cómo está don José?

—Hola mijita, aquí estoy con una rara picazón en el espinazo, no tengo idea qué será. Sabe que extraño unas pastillas que me dio un doctor hace un par de años en el policlínico, pero otro médico me las quitó, porque según él me hacían mal. No entiendo bien por qué me las prohibieron. A lo mejor usted sabe dónde las puedo encontrar. —José lleva su mano al bolsillo de la camisa, de donde saca unas pequeñas pastillas—. Son como estas, pero un poco más chiquitas.

La vendedora las miró de reojo mientras guardaba un queso que minutos antes había rebanado para otro cliente.

—Bueno, si las ve me avisa. Voy a querer pilas para mi radio, es que me duran tan poco, oiga, no son como las de antes, esas me duraban retoditito los campeonatos del Colo, con decirle que...

—Don José —lo interrumpe la vendedora, estirándole los labios y abriéndole los ojos, apuntando hacia su espalda, hacia la larga fila de personas esperando su turno. El anciano le respondió con una sonrisa infinita.

Al salir del boliche, retomó sin apuro el camino hacia su hogar. Nuevamente, se topó con la lluvia de flores y un olor a pétalos frescos que lo llevaron al triste día en que Humilde amaneció con la cara risueña y los ojos abiertos observando fijamente el techo. Hace una década la había conocido cuando llegó al hogar acompañada de una hija, ya que, por temas laborales y de espacio, nadie podía mantenerla en su casa. Llevaba un vestido floreado color azul turquesa que combinaba con su pelo plomizo y los prolíficos surcos bajo los pómulos de su rostro. Inmediatamente se hicieron amigos, la atracción natural de sus simpáticas personalidades los convirtió en veteranos cómplices, cuyos testigos de aquellos humanos encuentros, no fueron más que los últimos años de vida que este mundo los vería andar. El funeral fue en la capilla del hogar, pues no había espacio en casa de familiares, además, esa fue la voluntad de Humilde, como le contó una tarde a José; que esos años de estar allí, había vuelto a nacer, se había encontrado con la simpleza de la compañía de un hombre que la escuchaba, y que por cierto, ella oía siempre gustosa. Para ambos, ese era un ejercicio que solo la reflexión que otorgaban los años lo hacía posible. Ellos comprendían que eran poseedores de una riqueza natural sin igual.

Allí estaba el féretro, posado justo al frente del sacro escenario, a los pies de Jesucristo crucificado y la luz protectora del Sagrario, encendida noche y día, como símbolo de la presencia divina omnipotente. A un costado, sillas desplegadas, donde se encontraban los más cercanos residentes de Humilde. Uno a uno, vistiendo sus mejores pilchas, se acercaban al cajón, y, entre lágrimas, daban el último adiós al cuerpo de su querida compañera. Sabían que el próximo podía ser

cualquiera de ellos, pero nadie decía nada, solo seguían el protocolo de despedida: saludar al muerto en su última morada terrenal, luego, sentarse en las sillas y repetir las oraciones emitidas por alguna religiosa. Pero aquella ceremonia fue distinta para don José. Sentado en una esquina, recordaba alegremente una de las tantas jornadas que compartió con su amada amiga.

Al llegar a la entrada del hogar, saludó a una imagen a escala real de San José, quien era el protector de aquel espacio y todos sus habitantes. Lo miró fijamente, y, sonriendo, le dio las gracias. De pronto, se dio cuenta que estaban adornando toda la casa, pues esa tarde tendrían ilustres visitas por motivo de la conmemoración de fiestas patrias. Se apresuró al salón principal para ver en qué podía ayudar, pero en el camino fue interceptado por Rosa, una menudita anciana que vestía un largo chal floreado, un gorro de lana rojo y unas pantuflas de polar, quien, con sus profundos ojos verdes, le preguntó si había visto por ahí a Nicolás y a Hugo, sus dos hijos que hace ya hartos años que no los veía, y estaba preocupada. Don José le devolvió una sonrisa y le dijo que de seguro en cualquier día llegarán por ahí, que no pierda la fe.

Todo estaba dispuesto en el salón para la fiesta, de pared a pared se cruzaban guirnaldas y adornos de color blanco, azul y rojo, seguido por pequeñas banderitas chilenas y globos que daban el tono perfecto a un buen dieciocho de septiembre. De cabecera, un improvisado escenario con dos parlantes y un micrófono. La primera en dar el saludo fue la encargada del hogar, quien brindó una cálida bienvenida a todos los asistentes a la celebración de un nuevo aniversario patrio. Sin más preámbulos, comenzó a sonar *La Consentida*.

De entre unas bambalinas, empezaron a entrar hombres y mujeres vestidos de punta en blanco con los más hermosos vestidos huasos de la zona. Los bailarines, al centro del salón, comenzaron a hacer sus mejores piruetas. Algunos ancianos se pusieron de pie e iniciaron un improvisado baile, mientras otros en sus sillas meneaban el cuerpo. En un rincón, la señora Purísima recordaba los dieciocho en su querido Lolenco, junto a sus abuelos y taitas, con toda la parentela comiendo jugosas empanadas de pino y bebiendo chicha preparada por la mama Maiga. Inevitablemente caían lágrimas de sus ojos, mientras, con una sonrisa de oreja a oreja, daba las palmas con sus manos, sintiendo una mezcla divina entre alegría y nostalgia. Al ritmo del arpa y el acordeón, su mente se entregaba al más noble de los viajes, que solo entregan los mejores recuerdos de la existencia.

A las 16:45 concluyó la fiesta, pues a las 17:00 en el salón central se rezaba el rosario todos los días. Era un ritual que seguía don José desde hace 20 años desde que llegó una tarde cuando su sobrina lo fue a dejar para que pasara un tiempo provisorio en aquel lugar.

El anciano se sentó en un sillón dispuesto a la ceremonia del rezo y con los ojos cerrados comenzó a orar. Al finalizar la plegaria, los ancianos se dirigieron a descansar a sus habitaciones. Lentamente, don José fue a su cama, se acostó y comenzó a pensar lo agradecido que se sentía. No todos los días recibía visitas. Como no tuvo hijos, no existía descendencia que lo fuera a ver. Por otro lado, sus hermanos yacían todos bajo dos metros de tierra y los sobrinos estaban muy ocupados con sus vidas. Sin darse cuenta se desplegó en el más cálido de los descansos, quedando profundamente dormido.

El reloj del centro marcaba las 22:45 de la noche. Todo el mundo estaba en sus camas. Don José había despertado a causa de la picazón en la espalda, lo inquietaba saber qué le pasaba, pues sentía hormigas deslizándose por su cuerpo pero, al sacudirse, ninguna de ellas se hacía visible. Trató de conciliar nuevamente el sueño, pero no pudo, se quedó ensimismado recordando alegremente los pasos de cueca que esa tarde se ofrecieron en el salón. Se dirigió, entonces, sigilosamente a su sillón predilecto. Comenzó a recordar que hace más de una década nadie lo iba a visitar, no obstante, no era amargura, pena o rabia los sentimientos que lo embargaban, sino un profundo y sincero agradecimiento. Si bien, nunca formó una familia, tuvo amores, claramente, pero ninguna mujer le entregó lo suficiente como para germinar las semillas de la estirpe en la frágil línea de la historia universal. Del mismo modo, él nunca se sintió necesariamente capaz o atraído de hacerlo. Era pleno consigo mismo, disfrutaba inmensamente de las cosas sencillas y encontraba la felicidad en la alegría que le brindaba la vida, expresada en lo más simple del cotidiano. Como los ciruelos en flor o el inmenso bosque que separaba su hogar con el mundo, en el largo camino hacia el boliche. De pronto, se quedó mirando fijamente un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, colgado en medio de los otros santos de la pared de ese enorme salón. Cayó en la cuenta, una vez más, de que se van a cumplir veinte años desde la primera vez que pisó ese lugar, y que es precisamente allí, con esas personas, donde ha pasado fiestas, cumpleaños, dieciochos de septiembres, navidades y años nuevos. También fue donde conoció a Humilde, la mujer que después de tantos años lo hizo vibrar como hombre y ser humano. Por cierto,

vivió también penas, y no pocas: velorios, despedidas, la soledad, enfermedades y el sigiloso abandono que, solapado, se presentaba por todos los rincones del apresurado nuevo siglo.

Sin quitar la mirada brillante del cuadro, comenzó a sacar la pequeña radio de su bolsillo, la encendió y llevó a su oído. Nuevamente sonó «El reloj». Cerró los ojos y comenzó con el ritual de la danza de sus recuerdos, siempre alegre y agradecido. El rostro de Humilde se viene a su memoria. Satisfecho, reflexiona. En ese lugar habita su familia, siempre ha sido muy bien atendido y ha retribuido como mejor ha podido. Es un afortunado por tener esa familia, poblada por seres envejecidos de toda la zona. Permanece en el mismo lugar desde hace más de dos décadas. Lugar que siempre estará con las puertas abiertas a cualquier anciano que quiera asistir a la espera calmada de su propia muerte, disfrutando cada último minuto de la existencia terrenal.

Don José cruza sus brazos moviendo sus caderas bajo el sonido del bolero interminable de la noche. Esta vez nadie lo interrumpe. Sin dejar de pensar en Humilde, se arroja, nuevamente, a los cálidos brazos de un profundo sueño.

MIS 24 HERMANOS

Claudio Herrera Vergara, 71 años

Los niños se han desperdigado por el fundo como semillas al viento, cada uno escondido en su rincón favorito; sus corazones latiendo, apresurados, sus párpados apretados, la adrenalina aflorándoles por su novel piel, esperando la señal. El aire huele a tierra húmeda, a petricor y a trigo recién segado. Tras los cerros de Lonquén, el sol divino en las alturas se filtra entre los altos álamos y cabizbajos sauces, dibujando sombras alargadas en la tierra reseca, por donde corre Alicia, la menor del grupo. Antes de apoyar su mejilla contra la muralla áspera del gallinero, da una última mirada a sus compañeros de juego. Sus pequeños dedos cuentan de uno en uno hasta llegar al diez, su voz infantil se desgrana por las grietas de la vieja madera que conforman aquel rincón de huevos y plumíferos, amigos que habían sido parte de su hogar desde tiempos inmemoriales. Claudio y sus veinticuatro hermanos se encuentran inmóviles, ocultos, a escondidas. Vinieron a este mundo bien seguido, prácticamente uno por año. Las familias por ese entonces eran numerosas. La causa, según dicen, era la ausencia de televisores, celulares, y cualquier tecnología que mantuviera a los padres distraídos

en otra cosa que no fueran las artes amatorias. Alicia sigue contando, de lejos se puede ver su vestido, un poco grande para su talla, heredado de una hermana tres o cuatro años mayor. Su traje se infla con la brisa, pero ella no se inmuta, vuela y ríe dentro de esas telas. Cuando llega al diez, su voz se convierte en un relámpago agudo que rompe el silencio del fundo Sorrento.

—¡Saaaalííí!

El grito sacude la tarde, espanta a un par de gallinas rezagadas, y se oyen chillidos de queltehes que advierten presencia humana. Despierta la carrera frenética de los escondidos, ya nadie está paralizado. Victoria es la primera en lanzarse al galope, su risa suelta como un hilo al viento inunda la escena, rompe el silencio. Pasa junto a Alicia con el cabello desordenado por su agitado andar, al llegar al gallinero, grita con un júbilo que retumba hasta en las uñas de tordos y lagartijas.

—¡Liiibreeee!

Los demás la siguen, surgiendo como fantasmas de los rincones más inesperados: detrás de la carreta vieja, bajo el alero del granero, entre los surcos de choclos aún tiernos y las patas de los caballos. Las risas estallan en el aire tibio de la tarde, se mezclan con el trino de zorzales y el murmullo lejano de los hombres que aún trabajan en los potreros, de sol a sol, como su padre y como muy pronto lo harán los hermanos mayores, que aún juegan a las escondidas.

El fundo Sorrento es un mundo en sí mismo, un trozo de tierra que respira historias en cada surco y sendero polvoriento. Está en Lonquén, un pueblo que se repliega entre cerros suaves y verdes campos, a pocos kilómetros de Tala-

gante. Allí nació Claudio, el tercero de veinticuatro hermanos, todos hijos de los mismos padres, todos criados en el mismo suelo donde su padre, abuelo, bisabuelo y desconocidas generaciones hacía atrás, habían sido inquilinos que partían cada día a trabajar la tierra. La mitad de la cosecha quedaba en sus manos; la otra mitad, en las del patrón, don Fernando Ruiz Tagle.

Pero para los niños, el fundo no es un campo de trabajo ni una propiedad dividida en mitades. Es un inmenso patio de juegos, un laberinto de escondites y carreras, de bolitas rodando por la tierra y volantines que se elevan como sueños de colores contra el cielo limpio, entre nubes que una tarde imaginaron con formas de caramelos.

En su mundo no hay más patrón que el sol, que dicta el fin de la jornada con el alargarse de las sombras y el silencio perpetuo de sus rayos, hasta un nuevo amanecer.

Así recuerda su infancia Claudio.

Mientras en su memoria haya piernas dispuestas a correr y gargantas listas para gritar «¡libre!», el juego, nunca terminará.

EL RUGIDO DEL FORD NARANJA

Orlando Muñoz Muñoz, 80 años

La tarde se dibuja sobre Oliveto como un yunque incandescente. El aire, espeso y polvoriento, vibra con el canto de chercanes que —desesperados— alzan el vuelo en dirección al río. En el corral, los chanchos se revuelcan con placer en su charco tibio, mientras los caballos, inquietos, galopan con sus hocicos extendidos en busca de agua. La tierra cuarteada retrata grietas profundas a lo largo del camino, cicatrices de un verano implacable.

Y entonces, en el horizonte, aparece el milagro mecánico que hace latir el corazón del pequeño Orlando con una emoción incontenible. Primero, un murmullo lejano, luego, el bramido de un motor inconfundible, y, por último, la nube de polvo que precedía la llegada del camión Ford naranja del 45. Para él, esa máquina no era solo un vehículo: era un coloso, una criatura de hierro y fuego que cargaba sobre su lomo todo lo que la mente de un niño podía imaginar. Se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos, sintiendo el estruendo en el pecho, como si aquel rugido fuese un llamado personal, una invitación a soñar.

Sin dudarlo, echó a correr hacia la casa de don Jaime, el mecánico de la hacienda. Sabía que el Ford necesitaba un ajuste y que el viejo maestro, con sus manos curtidas de grasa y tiempo, sería el encargado de devolverle el aliento a esa colosal bestia de fierro. Orlando se acercó despacio, agazapado como un zorro curioso, y se sentó en el suelo con los brazos rodeando las rodillas. Desde allí, contempló el espectáculo más grandioso de su infancia: el capó abierto, las herramientas tintineando, el olor a aceite quemado impregnando el aire. Cada ajuste, cada golpe de martillo, cada chispa, era para él una revelación, un secreto mecánico que atesoraría en su mente como un hechizo sagrado.

Había crecido solo, errante por los rincones del fundo, alerta, con los ojos enormes de un niño asustado, sin más educación que la que le ofreció la vida. No conoció las letras ni los números, pero sí los sonidos de los motores, los engranajes de los tractores y el brillo exacto que debía tener un auto para que su patrona se luciera en él. Fue ella, precisamente, quien le enseñó a leer y a escribir, la misma que de niño corría a buscar cuando la manguera no alcanzaba para enjuagar un auto, y que, con los años, dejó de molestar porque ya no necesitaba ayuda: él mismo encendía el vehículo y lo colocaba en su sitio. Hasta que lo descubrieron. Una tarde el patrón lo vio al volante, Orlando sintió que su mundo se detenía. Esperó la reprimenda, el castigo, quizá la prohibición de volver a tocar los autos. Pero el destino tenía otros planes.

—Súbete —le ordenó el patrón.

Orlando obedeció con el corazón galopándole en el pecho. Salieron de la hacienda, recorrieron un kilómetro de camino polvoriento y entonces el hombre se detuvo.

—Es tu turno —dijo—. Ya tienes diez años, eres todo un hombre. Necesito un chófer y si tanto te gustan mis vehículos, pues demuéstrame cómo los manejas.

Aquel momento fue su prueba de fuego. Sus manos temblaban sobre el volante, el sudor le resbalaba por la frente, pero cuando el motor rugió bajo sus pies, toda la inseguridad se disipó. Condujo con precisión, con una destreza nacida de la observación, con el instinto de quien ha memorizado cada sonido, cada gesto, cada movimiento. Y lo logró. Desde ese día, el patrón le confió encargos mayores. A los diez años, Orlando ya manejaba solo hasta Talagante, sintiendo el orgullo de domar aquellas bestias de metal.

Los años pasaron y su pasión por las ruedas no se apagó. Se convirtió en el conductor del tractor del fundo, pero en su corazón seguía latiendo la fascinación de su infancia: el Ford naranja del 45. Sin haber pisado nunca una escuela, su mejor maestra había sido la vida misma. Aprendió a manejar no solo autos y tractores, sino también el más grande de sus sueños. Un día, don Jaime lo llamó al taller con un encargo inesperado.

—Hay que ir a buscar una carga a San Eugenio. El camionero tuvo un accidente y necesitamos a alguien que lleve el Ford.

Orlando sintió un escalofrío recorrerle la espalda. No era solo el camión: era Santiago. Conducir en Talagante era una cosa, pero enfrentarse al caos de la capital, a sus calles bulliciosas y su tráfico impaciente, era otra muy distinta. Por primera vez en su vida dudó, pero no se echó para atrás.

Se subió al Ford, sintió el cuero del volante bajo sus manos y encendió el motor. La vibración le recorrió el cuerpo

como un viejo latido familiar. Tomó aire, pisó el acelerador y se lanzó al camino. La carretera se desplegó ante él como una promesa. A su derecha, los viñedos de Isla de Maipo se extendían como un océano verde; a su izquierda, el sol enrojecía el horizonte, tiñendo de cobre la carrocería del camión, y entonces sonrió mientras encendía un cigarrillo, porque aquel no era solo un viaje, era la culminación de su destino, era la prueba irrefutable de que su escuela de vida, su paciencia de niño curioso, sus horas espiando motores y escuchando rugidos de fierros, lo habían llevado hasta ese momento.

Orlando, el niño huérfano de libros, el aprendiz de la observación silenciosa, el amante de las ruedas y el ruido del metal, al fin cabalgaba sobre su sueño más querido; nunca se sintió más vivo.

LOS HIJOS

Margarita Rojas Soto, 76 años

El sol de la tarde se filtraba por los ventanales altos de la fábrica, tiñendo de ámbar las manos de Margarita, mientras moldeaba las plantillas de cuero que darían vida a unas zapatillas Bata. Sus dedos se movían con destreza, pero su mente flotaba lejos de aquel lugar. En su pecho, la emoción galopaba como un caballo inquieto. Afuera, cuando el enorme reloj de la fábrica marcara las seis en punto, Juan la estaría esperando.

Él había aparecido en su vida como un destello inesperado, una tarde cualquiera en la plaza de Peñaflores; con su piel morena y sonrisa ancha, una voz que se enredaba entre la brisa venida del Trapiche, y sus palabras escritas en pequeños papelitos que llegaban a sus manos como mensajes de un destino que no se atrevía a nombrar. Margarita sentía una dulzura nueva, casi temerosa. ¿Era esto querer? ¿Era esto lo que en los susurros de las mujeres mayores se llamaba amor?

Cuando el turno terminó, Margarita salió con paso ligero, aunque su corazón latía pesadamente. Y allí estaba él, esperándola con la confianza de quien sabe que la vida puede cambiar en un instante.

—¿Puedo acompañarte? —le preguntó con una mirada que invitaba a desafiar el miedo.

Margarita bajó los ojos. Sabía que su hermano no lo aprobaría, que la furia de un hombre en casa podía pesar más que sus propios deseos. Pero Juan insistió con una dulzura peligrosa, le propuso un atajo, un rincón apartado donde las palabras pudieran bailar sin testigos, por tanto, ni su hermano ni nadie jamás se enterarían. Ella, sin entender aún el precio del anhelo, aceptó.

Las búsquedas se repitieron, la ansiedad al mirar el reloj gigante crecía, los encuentros se volvieron costumbre, y, un día, sin apenas saber cómo, Juan le preguntó si quería ser su novia. Margarita no comprendía del todo el significado de aquella unión, pero el brillo en los ojos de él la hizo sentir importante; la hizo sentir suya.

El amor fue una ráfaga breve, como el estallido de un fósforo en la oscuridad. Pronto, el rumor de una nueva vida creció dentro de ella, navegando en su vientre como un pez dorado en aguas cristalinas. Como en las que solían bañarse Margarita y Juan, una que otra tarde clandestina, en los pozones del Mapocho, con galegas, suspiros y garzas como únicos testigos de su amor. Pero el mundo no aplaudió su milagro. Concebir sin el sagrado vínculo era una herejía. La señalaron y la juzgaron. Su hermano le ofreció una vida sin vergüenzas —una vida sin ese hijo— a través de un aborto. Pero Margarita, con su instinto feroz, protegió su pequeño universo y se casó con Juan, aferrándose a la promesa de un destino distinto.

Juan era carnicero. La sangre en sus manos no era solo la de los animales que descuartizaba, sino también la que co-

rría espesa entre los silencios de su hogar. Vivían en una casa pequeña, con lo justo para subsistir. Lo poco que ganaba se lo comía su apetito insaciable y las copas interminables en la cantina de las Puertas Cafés, la distracción popular del pueblo. Cada noche, regresaba arrastrando su borrachera y su mal humor. Y Margarita aprendió a callar, a encoger el cuerpo ante los gritos, a temer la mano que alguna vez la acarició. Al principio fueron palabras afiladas, después empujones, y con el tiempo, los golpes llegaron como lluvias que no cesaban.

La muerte llegó pronto a su puerta, vestida de enfermedad y sombra. Su primer hijo, aquel que fue su faro en la tempestad, se apagó antes de que pudiera comprender las injusticias del mundo. Margarita sintió cómo su alma se quebraba en mil pedazos, cómo el luto se le enredaba en la garganta y la ahogaba. Pero la vida le concedió una tregua. El tiempo pasó, la tristeza mutó en resignación, y, cuando creyó que todo estaba perdido, su vientre volvió a florecer. Los hijos se convirtieron en su refugio, en su única razón para seguir respirando.

Siete veces la vida le entregó un motivo para quedarse. Siete pequeños rostros, siete corazones latiendo en una casa sin lujos, donde la comida se cocinaba en un solo fogón de parafina y la ropa se lavaba a mano en una artesa. Siete niños que la miraban con ojos brillantes mientras ella soportaba los insultos y golpes, mientras callaba y aguantaba. Estaba convencida de una cosa, el culpable de este amargo matrimonio era el cura que los casó, ya que el día de la boda, llegó tarde y ebrio, dijo cinco palabras, dibujó una cruz en el cielo y los declaró marido y mujer. Según ella, no fue un matrimonio como Dios manda, más bien sin santidad ni bendición.

Pero la fe y la resignación no son eternas. Una tarde, cuando Juan regresó tambaleante y furioso la volvió a golpear, a esas alturas no recordaba el motivo, pues fueron tantas las escenas de furia. Entre gritos y amenazas, el marido buscó con desesperación su cuchillo de caza. Lo encontró, pero en su búsqueda halló también algo que nunca antes había visto, el rostro de su esposa yacía distinto: Margarita ya no tenía miedo. Juan se abalanzó sobre ella con la intención de castigarla, pero la mujer, por primera vez en veinticinco años, lo esquivó. Lo miró a los ojos y sin decir una palabra, corrió. Corrió como nunca antes lo había hecho. Corrió con el peso de los años en la espalda, corrió con la certeza de que el abismo de lo desconocido, era mejor que el infierno que conocía. Y siguió corriendo. Y cuando regresó, no lo hizo sola, llevó consigo a Carabineros, y esa misma noche Juan fue arrastrado lejos de su vida.

Cuando el juez le preguntó qué quería, Margarita no dudó.

—Que no vuelva nunca más.

Y así fue. Por primera vez en su vida, Margarita fue libre.

LOS DESTELLOS DE LUZ DE MI ABUELO

Norma Carrión Muñoz, 83 años

En lo alto de una repisa de madera, los juguetes de Norma dormían en perfecto orden, cada uno pulcramente alineado como pequeños guardianes de su infancia. La niña, con la solemnidad de un ritual, los revisaba uno a uno, asegurándose de que ninguno llevara la sombra del descuido. Solo entonces, con una sonrisa traviesa, elegía a su compañero del día, y, con él en brazos, se lanzaba a recorrer la inmensidad de la casa, saltando con la ligereza de un gorrión en primavera.

Los días transcurrían entre risas y canciones, juegos en el patio y unos que otros niños que visitaban la casa. Un día, desde un rincón de su hogar, se percató que un fulgor inesperado y misterioso llamaba su atención. Desde una habitación entreabierta, danzaban destellos de luz, reflejos errantes que se derramaban sobre los muros como trazos de un cuadro vivo. Norma se detuvo en seco. Sus grandes ojos oscuros brillaban con la fascinación de quien ha encontrado un valiosísimo secreto.

Avanzó con sigilo, su corazón latiendo al ritmo de la expectación. Desde la penumbra espiaba la escena: un hombre de cabellos de plata y barba larga sostenía entre sus dedos

pequeños fragmentos de vidrios. Los examinaba con detenimiento, girándolos contra la luz, como si cada uno guardara en su interior el misterio de un universo propio. Luego, con la delicadeza de un alquimista, sumergía su pincel en colores vibrantes y comenzaba a darles vida.

Aquel hombre era Alberto Carrión, su abuelo, un artista nacido en Quillota, un pintor que había elegido el vidrio como lienzo y la luz como su cómplice. Durante horas, días enteros, se perdía en su taller, transformando simples fragmentos en joyas traslúcidas que viajarían por Chile y más allá, llevando su arte a templos y hogares de toda Sudamérica.

Norma, con su juguete apretado contra el pecho, se acercaba poco a poco hasta acomodarse en un rincón del taller. Sus ojos seguían cada trazo con devoción, como si asistiera a un espectáculo mágico. Su abuelo, al notar su presencia, le sonreía con ternura.

—Estoy pintando un vitral para una iglesia muy grande, Normita —le decía en voz baja, como si compartiera un secreto sagrado—. Pero no te diré de qué se trata. Lo iremos descubriendo juntos.

Y así, abuelo y nieta se sumergían en un juego de adivinanzas, un baile de pinceladas y luces que se proyectaban sobre el suelo como un mosaico encantado con el más sagrado de los grimorios. Día tras día, Norma regresaba, impaciente por descifrar la historia oculta en los colores.

Primero, aparecieron unas pezuñas de vaca, luego los picos de gallinas, después mantos envolviendo figuras humanas. Con cada nueva pincelada, el misterio se desvelaba ante sus ojos maravillados. Finalmente, la imagen completa emergió como un amanecer tras la niebla: era un pesebre,

un lecho de paja iluminado por una estrella. El nacimiento del Niño Dios.

Norma, llena de asombro, dejó escapar un grito de júbilo y comenzó a saltar de emoción. Su abuelo reía con dulzura, contemplando aquella alegría pura, sin prisas, como si el tiempo se hubiera detenido.

—Paciencia, mi pequeña. Todo llega en su momento —le recordaba con voz cálida—. Aún nos quedan unos días para terminar. Puedes venir cuando quieras.

Norma se marchaba con el corazón henchido de dicha, sabiendo que cada nuevo amanecer traería consigo aquellos destellos mágicos que la llamarían de vuelta al taller, donde la luz y el amor de su abuelo tejían juntos la eternidad.

EL GALLO

Norma Carrión Muñoz, 83 años

El sol de la tarde doraba las baldosas gastadas de la casona de Avenida Matta, filtrándose por los grandes ventanales del comedor. La mesa, robusta y antigua, era testigo de un almuerzo familiar donde la conversación fluía entre cucharadas de sopa humeante y el tintineo de cubiertos sobre loza floreada. Desde allí, a través del vidrio, se vislumbraba el gallinero en el fondo del patio; un pequeño mundo vibrante, donde gallinas cacareaban y picoteaban entre el pasto, con la tranquilidad de quien se sabe seguro en su pequeño pedacito de tierra.

Norma, con sus hermanas y madre, compartían la comida cuando de pronto la mujer mayor se levantó con ese ímpetu que solo las madres tienen cuando algo les cruza por la mente.

—Las gallinas—, murmuró, secándose las manos en el delantal mientras salía hacia el patio.

El comedor quedó en silencio. Pero unos instantes después, desde el fondo de la casa, se alzó una risa. Primero un murmullo entrecortado, luego una carcajada desbocada que creció como una ola incontenible. Norma y sus hermanas se

miraron con desconcierto, un escalofrío de incertidumbre recorrió la mesa. ¿Qué había pasado? Se lanzaron fuera, corriendo por el pasillo largo hasta llegar al gallinero.

Y ahí estaba su madre, doblada de la risa, sujetándose el vientre con una mano mientras con la otra señalaba la escena más absurda que jamás hubieran imaginado. El gallinero estaba vacío. No quedaba ni una sola gallina, solo huellas dispersas en la tierra removida. Pero en el centro del corral, como un monolito de dignidad derrotada, permanecía un gallo erguido sobre un palo, entumecido, con las plumas revueltas por la brisa y un aire de estoicismo incomprendido. Y, colgando de su cuello, como una medalla de guerra, un cartón donde los ladrones, con una letra grande y temblorosa, habían dejado un mensaje:

«Desde las 4 de la mañana que estoy solito».

Las hermanas abrieron los ojos de par en par. ¿Cómo era posible que, ante semejante desastre, su madre no estuviera echando humo de indignación? Pero allí estaba ella, con lágrimas de risa resbalándole por las mejillas, incapaz de articular palabra entre las carcajadas. El gallo, ajeno al chiste, seguía firme en su puesto, su mirada perdida en el horizonte, quizá, preguntándose por qué la vida lo había dejado solo en aquella tragedia doméstica.

Los años pasaron, y aquel cartón humilde, destinado a deshacerse con la lluvia o el viento, terminó colgado en la cocina, amarillento y frágil, como un testimonio de que incluso en las pérdidas hay cabida para la risa. Y así, el recuerdo del gallo solitario se convirtió en una de las anécdotas más entrañables de la infancia de Norma, un relato tragicómico que, al contarse, hacía resonar en la casa las mismas carcajadas de aquella tarde improbable.

VOLVER A NACER

Margarita Rojas Soto, 76 años

El aire aún olía a los años desperdiciados, a lágrimas que se habían secado sin consuelo, a gritos que nunca debieron ser escuchados. Margarita Rojas Soto, con sus setenta y seis años sobre los hombros, había aprendido a caminar con un peso que no le correspondía. Veinticinco años junto a un hombre que convirtió su hogar en una jaula de miedo. Veinticinco años convencida de que su vida no valía nada sin él.

Pero un día, Margarita se levantó. No fue un despertar sencillo, sino uno de esos que duelen en los huesos, que hacen temblar el alma y desencadenan una batalla entre la costumbre y el deseo de vivir. Se miró al espejo, y, por primera vez en décadas, no vio a la esposa sumisa ni a la sombra silenciosa de un matrimonio cruel. Se vio a sí misma, una mujer con seis hijos vivos y una decisión irrefutable: salir, respirar, comenzar de nuevo.

Las calles le fueron desconocidas al principio, como si el mundo hubiera cambiado mientras ella estaba encerrada en su propio destino. Aprendió a tocar puertas sin miedo al rechazo y a doblar la espalda sin que fuera un símbolo de sumisión. Trabajó en casas ajenas, restaurando el orden de

otros, mientras el de su alma, se iba tejiendo lentamente entre platos lavados, ropa planchada e independencia. Nunca más supo de su marido. Nunca más volvió a ser humillada.

Un día, mientras regaba el jardín de una de esas casas donde trabajaba, un hombre se acercó. Era el jardinero, con manos curtidas por la tierra y una sonrisa sin dobleces.

—¿Hace cuánto trabaja aquí? —preguntó él, con naturalidad.

Margarita, como quien teme ser descubierta, bajó la mirada y respondió apenas con un hilo de voz:

—No hace mucho.

La pregunta quedó flotando en el aire, pero dentro de ella despertó algo más profundo: la certeza de que la mujer que alguna vez fue, había muerto con su matrimonio. Se había creído condenada a ser solo madre, solamente un par de manos trabajadoras y un corazón sin dueño. Nunca más, pensó, alguien la llamaría hermosa. Nunca más alguien la vería con ternura.

Cuando otros hombres le dedicaban un halago, Margarita se cerraba como una flor en invierno. ¿De qué servían las palabras bonitas? Ella sabía que detrás de ellas podía esconderse el filo de la burla, o peor, el puño de la violencia. Aprendió a esquivar las miradas, a refugiarse en el amor incondicional de sus hijos. Pero los hijos crecen. Se van. Cuando su hogar se llenó de un silencio distinto, uno que no era de miedo sino de ausencia, Margarita entendió que algo faltaba. Había hecho las cosas bien, había construido un futuro para su familia, pero... ¿y el suyo?

La invitación llegó como una casualidad que el destino había tejido con paciencia. Un centro diurno para adultos ma-

yores en Talagante, un lugar donde las personas como ella podían pasar el día y luego regresar a casa. Al principio, la idea le resultó absurda. ¿Salir de su hogar? ¿Compartir con extraños? ¿Para qué? Pero había aprendido que la vida, incluso cuando nos deja marcas imborrables, siempre puede darnos una segunda oportunidad.

El lugar era amplio, con patios generosos y sombra amable. Al principio, Margarita caminaba entre las mesas con la cautela de quien pisa tierra desconocida. Pero con los días, comenzó a sentirse en paz. A respirar con más libertad. Y entonces llegó Don Hernán. No fue un flechazo de novela ni un arrebato juvenil. Fue una conversación sencilla, un encuentro casual. Margarita lo vio entrar una tarde con una bolsa de paltas, y, sin pensar demasiado, le preguntó a cuánto las vendía. Desde ese día empezaron a conversar. Primero fueron palabras sueltas, luego historias de vida, luego silencios compartidos que lo decían todo. Don Hernán la trataba con una ternura que ella creía extinta. Con él, las caminatas matutinas se convirtieron en rituales, las tardes en refugios y las palabras en caricias. Pero más importante aún, con él aprendió a verse de nuevo como mujer.

Al principio, Margarita resistió. El miedo aún habitaba en su pecho, ese temor antiguo de que después de la dulzura viniera el golpe. Pero Hernán nunca levantó la voz, nunca impuso su presencia, nunca hizo más que quererla. Y eso fue suficiente para romper sus cadenas invisibles. El amor llegó sin prisa, con la suavidad de una brisa de verano. Margarita, que se creyó enterrada en el pasado, floreció una vez más. Se descubrió riendo con la ligereza de la juventud, deseando con la intensidad de una adolescente. Se permitió ser amada, ser

valorada, ser parte de una historia nueva. No se trataba solo de encontrar a alguien, sino que de encontrar su propio derecho a la felicidad. Margarita entendió que el amor no tiene edad, que la vida no termina cuando los hijos se van, que el corazón puede volver a latir fuerte aunque haya estado dormido por décadas. A sus setenta y seis años, Margarita Rojas Soto no solo sobrevivió, volvió a nacer.

CONDIMENTOS

Arturo Orellana Aguilar, 72 años

El sol de la tarde caía a plomo sobre los jardines de las casas señoriales, dorando el follaje y arrancando destellos de las piscinas cristalinas donde flotaban risas y despreocupaciones. Arturo, aún niño, observaba de reojo mientras sus tijeras mordían los rosales con precisión. Su tío Miguel, curtido por años de trabajo, le había enseñado a amar las plantas, pero él, en secreto, amaba —aún más— el agua.

En los días más calurosos, cuando la suerte le sonreía y el patio quedaba vacío, Arturo aprovechaba la oportunidad. Se escabullía con el sigilo de un gato, se deslizaba en el agua con la destreza de un pez y nadaba hasta saciar su sed de libertad. Luego emergía silencioso, escurriéndose entre los setos antes de que alguien notara su pequeña travesura. Si lo descubrían con la ropa mojada, tenía siempre una excusa lista: «Me mojé con la manguera, tío, hace mucho calor».

Su infancia se dividía entre dos mundos. En la mañana, el aroma a tierra húmeda y rosas recién podadas; en la tarde, el fuerte perfume de frutas maduras y especias que su padre vendía sobre un carretón polvoriento. De él heredó el arte del comercio, la habilidad de convencer con una sonrisa, la pa-

ciencia de quien sabe que cada jornada trae su propia suerte. Sin embargo, en lo más profundo de su alma, Arturo nunca dejó de soñar con esa piscina inmensa, espejo de otro mundo donde su reflejo parecía más liviano, más libre.

El tiempo pasó y el niño jardinero se convirtió en un joven comerciante. Sus días transcurrían entre sacos de comino y ají de color, entre el bullicio del mercado y el sol abrasador de Talagante. En la esquina de Francisco Chacón con Bernardo O'Higgins, justo frente al viejo hospital, su voz se alzaba entre la multitud como un pregón antiguo:

—¡Orégano, pimienta, canela, bicarbonato! ¡Condimentos fresquitos, caserita!

Esa tarde, el destino, que siempre había sido un jugador travieso, decidió sorprenderlo. Entre la gente que iba y venía, Arturo vio acercarse a una mujer. Alta, de cabello dorado, ojos enormes como dos lunas sobre el agua. Algo en ella le resultaba familiar. Un eco de otro tiempo sacudió su memoria con la fuerza de un río desbordado.

—Buenas tardes, caserita —dijo él, en un tono que oscilaba entre coquetería e incredulidad.

—Buenas tardes, casero —respondió ella, con una sonrisa que hizo titilar el aire.

Mientras la mujer elegía con cuidado sus condimentos, Arturo sintió como su mente viajaba años atrás, a una tarde sofocante, a un jardín de rosas y a un grito desgarrador que había brotado del agua. Era ella, la hija del patrón. La niña que un día se hundió en el fondo de una piscina y que él, con la determinación de un héroe anónimo, rescató de las garras del ahogo. Recordó el frío de su piel cuando la sostuvo en sus brazos, el leve temblor de su pecho al devolverle el aliento, el estremecimiento de su propio corazón al verla abrir los ojos.

Ahora estaba allí, delante de él, sin reconocerlo, sin saber que su vida y recuerdos le pertenecían desde aquel día. Cuando la mujer terminó de llenar su bolsa y sacó unas monedas, Arturo sonrió con un gesto que encerraba toda la historia de su infancia.

—¿Cómo se le ocurre, casera? —dijo con una reverencia burlona—. Vaya con Dios. Tómelo como un regalo de este humilde servidor.

Ella lo miró, sorprendida. Él sostuvo su mirada por un instante eterno, esperando, deseando que en algún rincón de su memoria aún viviera el eco de aquella tarde en la piscina. Pero la mujer solo sonrió, agradeció con un leve gesto y se perdió entre la multitud. Arturo la vio alejarse, sintiendo que el destino, ese viejo tahúr de manos invisibles, había vuelto a repartir sus cartas. Y esta vez, tal vez, aún quedaba una jugada por hacer.

LA LAVADORA

Norma Carrión Muñoz, 83 años

El tocadiscos giraba con la precisión de un reloj, la aguja recorría los surcos del vinilo como un tren sobre rieles invisibles. Desde el parlante, la voz de Elvis Presley irrumpía en la estancia, enérgica y vibrante, contagiando cada rincón de la casa con el ritmo frenético de *Jailhouse Rock*. Norma, con la escoba en una mano y el paño en la otra, se deslizaba por el suelo recién encerado con la destreza de una bailarina sobre el escenario de un teatro repleto. Su melena oscilaba en el aire, rebelde, atrapando destellos de luz como si en su cabello danzaran pequeños relámpagos.

Norma amaba bailar. Como dueña de casa, la música compartía su reinado con el trajín diario. Tras el brillo de los pisos venía el lavado, luego la cocina y, finalmente, el baño. En medio de todo, cuidaba a sus tres hijos, y cuando el día le regalaba un resquicio de tiempo, se refugiaba en el arte: pintaba —como su abuelo— y bordaba —como su abuela—. Cada puntada era un eco del pasado, cada pincelada un diálogo con quienes la precedieron.

La vida le sonreía en los rostros de sus hijos, en sus pasos torpes que se volvían firmes, en sus voces infantiles que

se estiraban hacia la adultez. Pero si había algo que detestaba con una furia secreta, era el ritual del lavado. Un enorme recipiente rebosante de ropa sucia la esperaba sin piedad; la vieja artesa de madera, con su tabla al medio, se llenaba de agua y espuma. Entonces, armada con una escobilla, Norma comenzaba la batalla: arriba y abajo, abajo y arriba, el ritmo monótono y agotador. Después venía el enjuague, la estrujada, y la penitencia de tender todo al sol. Lavaba con resignación, pero en su pecho ardía un anhelo que aún no tenía nombre. Una tarde, mientras revolvía la olla con la misma rutina con la que restregaba la ropa, la radio interrumpió sus pensamientos. Un réclame publicitario la hizo detenerse en seco:

—¡La nueva lavadora automática que lava y seca la ropa en solo cincuenta minutos!

Norma dejó caer la cuchara de palo. Sus ojos se abrieron como dos huevos fritos. Avanzó con pasos rápidos hacia la radio, subió el volumen y se sentó a escuchar, absorta, como quien recibe una revelación divina. Cerró los ojos y se imaginó la vida sin la artesa de madera, sin la escobilla despiadada. Se vio a sí misma con la escoba cruzada como una guitarra, saltando sobre los sillones al ritmo de un buen rock and roll, libre, poderosa, mientras la maquinita hacía lo que hasta ahora era su trabajo.

Esa noche no se durmió temprano como de costumbre. Esperó a Antonio, su esposo, quien llegó cansado como siempre, con el aroma a laboratorio impregnado en la ropa. Al verla despierta, se sorprendió.

—Tenemos que hablar —le dijo ella, con seriedad de conspiradora.

Se sentaron frente a frente. Sin rodeos, disparó su petición:

—Antonio, han salido máquinas que con solo apretar tres botones lavan solas la ropa. Cómprame una.

Antonio, aún con el peso del día sobre los hombros, frunció el ceño.

—Norma, tenemos que esperar, hay cosas que pagar primero...

Pero ella negó con la cabeza.

—No, no puedo esperar. Necesito esa lavadora ya...

Desde aquel día, el anhelo se convirtió en obsesión. Imaginaba a su nueva amiga: grande, blanca, forzuda, dejando la ropa impecable, perfumada, seca y estiradita como una caricia. Tanto la soñó, que hasta las letras de las canciones de Elvis cambiaron para rendirle tributo. Cantaba sobre su futura lavadora como si fuera el amor de su vida. Y el día finalmente llegó. Un camión estacionó frente a la casa. Norma corrió a la puerta, con el corazón brincando en su pecho. Dos hombres descendieron, abrieron las puertas traseras del vehículo y sacaron una artesa y una escobilla nueva, nuevecitas, relucientes.

La sonrisa de Norma se congeló en su rostro. Su mirada pasó de la incredulidad a la furia en cuestión de segundos. Avanzó hacia Antonio paño en mano, y empezó a golpearlo con la fuerza de su indignación. Él, entre carcajadas, intentaba esquivar los golpes mientras su risa retumbaba por toda la casa.

—¡Cómo se te ocurre, Antonio! —gritaba Norma, entre risas y lágrimas— ¡Estoy todo el día cuidando de los niños y la casa, nunca te pido nada!

Pero entonces, mientras ella aún peleaba con su esposo, los hombres del camión volvieron a aparecer. Y esta vez, en

sus brazos traían a la verdadera protagonista de la historia: una lavadora blanca, imponente, brillante como un milagro. Antonio la abrazó, aún con la risa colgándole de los labios.

—Era una broma, amor. Ahí está su lavadora.

Norma lo miró, con los ojos nublados de emoción. Rio y lloró al mismo tiempo, entre el alivio y el recuerdo de sus propios golpes torpes con el paño.

Los años pasaron como hojas arrastradas por el viento. Recordó un día esta historia al ver sorprendida aquella lavadora convertida en un enorme macetero en la casa de una nieta. Para ellos eran pedazos de chatarras viejas, para Norma, un trocito de su propia historia. Sus hijos crecieron, se convirtieron en profesionales, y ella los vio volar, con el mismo orgullo con el que alguna vez los vio dar sus primeros pasos.

Aún baila a Elvis, aunque más imaginariamente, fantasea mientras realiza su rutina diaria, el rey del rock and roll configura la banda sonora de su alegre ocaso. Antonio ya no está, pero Norma lo recuerda con cariño, con gratitud. Habían construido juntos una vida hermosa.

Hoy es viuda, pero asegura no ser fanática.

LOS MATORRALES

Juan Salgado, 72 años

Juan nació entre la brisa tibia del campo y el susurro de eucaliptus, enredado en el verde infinito de trigales y el perfume dulce de las parras. En su piel, marcada por el sol inclemente y el trabajo honrado, parecía llevar impresa la tierra misma. Cada surco de su rostro era un eco, un testimonio de vida. Las grietas de sus manos, prueba de años trabajando duro en el fundo Peruchea de la Viña Undurraga.

Desde niño aprendió el arte antiguo de la tierra: podar los árboles con la precisión de un escultor, sembrar con la paciencia de un alquimista y cosechar con la dicha de quien recibe el fruto de su devoción. El agua, bienpreciado y vital, corría por los canales que él y sus compañeros cavaban con destreza, serpenteando entre cultivos como venas que daban vida al fundo. Era un trabajo de titanes. Pero entre la fatiga se filtraba la alegría: las bromas saltaban como chispas entre ellos, el compañerismo se tejía con la misma firmeza con la que se amarraban los fajos de trigo, y el honor del buen trabajador se transmitía como un legado sagrado.

Al mediodía, el ritual del almuerzo unía a los hombres bajo la sombra generosa de un sauce o de un alero. Un fuego

encendido por manos expertas servía de altar a las viandas que, una a una, se calentaban sobre la rejilla ennegrecida por el tiempo y las jornadas laborales que para muchos comenzó cerca de los ocho años. Mientras tanto, algunos encendían un cigarro, otros estiraban las piernas sobre la hierba y otros simplemente cerraban los ojos, dejando que el viento les trajera el murmullo del campo. Y luego, cuando el olor de la comida anunciaba la hora sagrada, volvían a reunirse, dispuestos a compartir bocados y palabras, siempre con la chacra como tema infalible de conversación.

Los amores nacían y se encendían entre los surcos y matorrales. Algunas mujeres aguardaban al final de la jornada, y juntos, los amantes se perdían en la espesura del maíz o entre la sombra cómplice del bosque. A veces, tras largas ausencias, regresaban con la ropa arrugada y la risa contenida, y entonces alguien soltaba la broma de siempre: a este se lo tragarón los matorrales.

Juan también amó. Se casó con una mujer que tenía en sus manos la ternura de la harina recién cernida y en su voz la calma de una noche serena. Siete hijos nacieron de ese amor y, entre el trajín del campo, él siempre volvía a casa con la certeza de que lo esperaba un plato caliente y la ropa con el aroma inconfundible del sol y la plancha. Ella fue su roca, su refugio, hasta que un día la vida, con su crueldad inesperada, se la arrebató en un instante. Un accidente, dijeron. Dios la quiso a su lado, murmuraron. Juan supo que en su hogar quedó un vacío inmenso, un frío que ni la tarde más ardiente de enero pudo disipar.

Entonces, sin lamentaciones, aprendió a ser padre y madre. Cambió la hoz por la aguja, el azadón por la tabla de planchar, el machete por la espátula de cocina. Lavó, cocinó,

cuidó, enseñó. Y nunca, ni por un segundo, sintió que eso lo hacía menos hombre. Sus manos, que habían moldeado la tierra, ahora moldeaban a sus hijos, dándoles el amor inquebrantable de un padre que no claudica.

Pero la soledad siempre vuelve en las noches.

En una de esas madrugadas de turno, entre el murmullo lejano de los álamos y el croar insistente de los sapos, Juan pensó en ella. Cerró los ojos y la vio tal como la recordaba: joven, risueña, con la vida danzando en su mirada. La sintió cerca, tan cerca que por un instante creyó escuchar su voz susurrándole que lo extrañaba. Él sonrió, con el alma apretada en un puño.

Un ruido en la oscuridad lo sacó de su ensueño. Tomó la escopeta y salió con el temple de quien ha visto demasiadas madrugadas solitarias. Tenía órdenes de disparar a los intrusos, pero Juan no era un hombre de violencia. Prefería disparar al aire, espantar a los ladrones antes que derramar sangre.

Recordó una tarde en que unos jóvenes llegaron al fundo, con la mirada inquieta y los pasos torcidos por el hambre o tal vez por la desesperanza. Juan los vio, los llamó, les ofreció frutas. «Gracias, tío», le dijeron. Días después, los muchachos volvieron, pero esta vez con botellas de vino y cigarrillos, un tributo de gratitud. Se sentaron juntos, compartieron la bebida, hablaron de la vida hasta que el sol se escondió detrás de los cerros. Les habló de su amada que estaba en el cielo. Recordarla en alta, bajo el alero de un fogón, de una u otra manera, era arrebatarla a la muerte, aunque fuera por unos minutos.

Al final de todo, siempre fue un agradecido de la vida, aunque la vida, a veces, fuera ingrata con él.

MIS OJOS

Hernán Alarcón Muñoz, 66 años

Hernán avanza con paso lento pero seguro, como un viajero que ha recorrido el mismo sendero tantas veces, que ya lo lleva impreso en la piel. El sol del mediodía proyecta el brillo tenue de sus oscuros lentes, y el golpeteo rítmico de su bastón sobre el suelo anuncia su llegada, como un eco acompañado de su propia existencia. Hay algo distinto en su andar: un fulgor impalpable, una luz que no proviene de sus ojos dormidos, sino de algún rincón secreto de su alma. Se le ve radiante, quizá, como nunca antes.

La vida lo ha templado con golpes y silencios, cincelandolo un carácter duro, a veces hosco, un hombre de pocas palabras y afectos esquivos. Pero el destino, caprichoso y burlón, le tenía reservada una revelación tardía. Fue en la ceguera y en la vejez cuando, por fin, encontró la felicidad. El centro diurno se abre ante él como un refugio familiar. No necesita ver para saber dónde está; sus pies conocen el camino, como las raíces conocen la tierra que las nutre. Desde la distancia, su oído aguzado detecta voces queridas, murmullos que lo llaman sin llamarlo. Él responde con un saludo al aire y se dirige sin titubeos al árbol del patio trasero, su árbol, el árbol donde floreció el amor.

El perfume de Margarita es la primera señal de su presencia. No hay duda, es ella. Como un faro en la niebla, su aroma lo guía, lo envuelve, le anuncia que el universo aún guarda milagros. Se acerca con la precisión de quien ya no necesita ojos para ver, solo el latido inconfundible de la certeza. Margarita lo espera con la paciencia de las cosas eternas. Cuando sus labios se rozan en un beso, el mundo se detiene un instante, suspendido en la delicadeza de ese gesto.

Los ojos de Margarita brillan como el agua bajo el astro rey. Con voz suave lo invita a caminar. Juntos se adentran entre chacras y plantas, como dos figuras extraviadas en un cuadro impresionista. Hablan del viaje diario, él, desde El Monte, ella, desde Peñaflor. Se cuentan la vida en fragmentos, en pequeños tesoros de palabras, compartiendo lo que hicieron, lo que sintieron, lo que imaginaron en la ausencia del otro.

El tiempo se disuelve en su conversación, y sin darse cuenta, la mañana se escapa entre suspiros y risas. Es hora de almuerzo, pero aún quedan frases por decir y silencios por compartir.

Hernán perdió la vista en un accidente hace años, pero en la oscuridad descubrió algo más vasto que la luz: aprendió a ver con el alma. Él sabe que los ojos engañan, que las apariencias son apenas sombras en la superficie de la vida. Y así, con su ceguera luminosa, encontró a la flor más hermosa del mundo. No la vio, pero la reconoció.

Margarita. Su nombre lo dice todo: fragancia, ternura, belleza sencilla, amor que florece en los días finales, cuando la vida, lejos de apagarse, encuentra su fulgor más puro.

OLOR A CAMPO

Orlando Muñoz Muñoz, 80 años

El viento del atardecer se deslizaba sobre la piel de Orlando como una caricia antigua, impregnada de tierra húmeda y pasto recién cortado. Cerró los ojos, estiró los brazos como si quisiera abarcar el mundo entero y aspiró hondo, llenándose los pulmones con la esencia del campo. Retuvo el aire unos segundos, dejando que la vida misma le recorriera las entrañas, y luego exhaló con una sonrisa.

—Esto es vida —susurró.

Sus pies descalzos conocían cada sendero del fundo como si fueran parte de él. Se aventuraba entre los árboles, sintiendo la sombra fresca en la piel, y luego ascendía por las lomas doradas, hasta llegar al llano infinito, donde el verde ondulaba como un mar en calma. Caminaba y caminaba, dejando que la memoria tejiera su propio sendero.

Recordó a su madre, sus manos morenas y firmes, amasando pan mientras él y sus hermanos jugaban afuera. Cuando llegaban los compadres a visitarla, ella los mandaba a pillar gallinas para hacer una cazuela que llenara el estómago de todos. Y ahí iban ellos, una manada de niños corriendo a carcajadas, persiguiendo a las plumíferas que huían despa-

voridas aleteando, como si comprendieran el destino que les aguardaba. Orlando sonrió. Podía escuchar todavía los gritos y las risas, sentir el polvo levantándose bajo sus pies, ver la olla humeante y la mesa larga donde siempre cabía uno más.

Su padre había sido inquilino en Oliveto, era un hombre amasado por el sol y la faena, con las manos rajadas de tanto sembrar la tierra. La mitad de la cosecha le pertenecía, pero a cambio debía entregar su sudor, su vida y recibir un techo, abrigo y diez pesos al mes. No era mucho, pero era suficiente para sobrevivir, para ver crecer a los hijos entre surcos y espigas, para soñar con tiempos mejores.

Orlando se detuvo junto a un grupo de vacunos. Pasó la mano por el lomo de uno de ellos, sintiendo el calor latente bajo su grueso pelaje. Susurró algo inaudible, y el animal pareció entenderlo. No había en el mundo amor más grande que el que sentía por los animales. Con ellos no necesitaba palabras, no había juicios ni exigencias, solo una comprensión pura y silenciosa. Quizá por eso le gustaba tanto perderse en el campo, cultivando esa paz inquebrantable que solo encontraba en la naturaleza.

La brisa le trajo otro recuerdo: el boliche de don Nibaldo, a las afueras de la hacienda, donde se vendía desde harina hasta botas de cuero, desde telas floreadas hasta cucharas de peltre. Su padre pedía fiado por año, entregando como promesa la mitad de su cosecha. Don Nibaldo aceptaba gustoso; no solo a él, sino a muchos otros trabajadores, que básicamente dependían de aquel trato para alimentar y vestir a la familia, comprometidos a un ciclo donde la deuda se pagaba con el sudor de la tierra.

Orlando levantó la vista y dejó escapar un suspiro. Era linda la vida en esos tiempos, dijo en voz baja, como si quisie-

ra dejar grabadas esas palabras en el viento. Todo era más natural, más simple. Y si alguien describiera a Orlando alguna vez, seguramente diría que él también era así: natural y simple, como el pan amasado al alba, como el sonido del río corriendo entre piedras, como la libertad de caminar sin destino, sin más límite que el horizonte, hasta que los pies ya no pudieran más.

Mañana y pasado mañana también, y así, hasta el fin de sus días, y más allá, veremos a Orlando cerquita del sol disfrutando de sus rayos y del silencio de las nubes.

LOS TACOS

Margarita Rojas Soto, 76 años

La plaza entera se había rendido al espectáculo de Margarita. Al principio, los adultos se llevaban las manos a la cabeza, murmurando con indignación cada vez que la niña trepaba los árboles con la agilidad de un gato montés. «¡Una señorita no hace eso!», le decían, pero ella solo reía, con las rodillas raspadas y el cabello enmarañado de hojas y viento. Desde la copa más alta, contemplaba el mundo como si fuera suyo, y cuando se cansaba de ser reina del follaje, descendía con la destreza de un pájaro y se unía a los juegos de los niños. Bolitas, trompo, lo que fuera. Para ella, la diversión no conocía de normas ni restricciones.

Margarita creció en una parcela de Peñaflores, rodeada de brazos del río Mapocho, que murmuraban secretos entre los juncos, árboles frutales que pintaban de verde y oro la tierra, y animales que la acompañaban en su infancia salvaje y luminosa. La pobreza en su casa era como el aire: omnipresente, inevitable. «Más pobres que las ratas», diría años después con una sonrisa nostálgica. No había dinero para zapatos, así que ella y sus hermanos caminaban a la escuela con los pies descalzos, sintiendo la textura del mundo bajo sus plantas: la frescura del pasto en las mañanas, el calor de los senderos de

tierra al mediodía, la suavidad del barro después de la lluvia. Para algunos, era una carencia; para ella, una libertad absoluta y la bendición de experimentar lo que otros no.

Después de clases, el llamado del canal cercano era irresistible. Entre risas y carreras, ella y sus amigos se sumergían en las aguas claras, dejando que la corriente los meciera mientras la tarde se derretía en el horizonte. Cada día era un verano interminable, cada baño, un bautizo de alegría. Pero si algo anhelaba Margarita con toda su alma, era un par de zapatos de taco alto. Ver a las mujeres mayores caminar con aquel sonido elegante y seguro le parecía un hechizo, un símbolo de grandeza inalcanzable. Soñar con ellos era fácil, pero tenerlos, un imposible. Hasta que un día, el destino se reveló en la calle de tierra.

Allí, bajo el sol ardiente, descubrió un material oscuro y blando, brillante como una promesa. Su hermano le había dicho que se llamaba alquitrán, y que con el calor se volvía pegajoso. Margarita, con la creatividad de quien no conoce límites, recogió dos piedras lisas, untó un poco de alquitrán en los talones y las pegó con cuidado. Cuando se puso de pie, sintió la magia recorrer su cuerpo. No eran simples piedras: eran tacos altos, los primeros que había tenido en su vida. Así llegó a la escuela, con el andar titubeante de quien estrena un nuevo mundo. Al verla, las niñas explotaron en carcajadas, señalándole entre burlas. Pero Margarita no las escuchaba. Desfilaba con la frente en alto, modelando no solo su invento, sino su felicidad absoluta.

En ese instante, no era la niña descalza de siempre; era una dama de elegancia incomparable, envuelta en la certeza de que los sueños, a veces, se construyen con lo que el camino deja atrás.

HISTORIAS DE MI BARRIO

Norma Carrión Muñoz, 83 años

Septiembre desplegaba su manto primaveral sobre la Avenida Matta, donde el tiempo parecía haberse detenido en los recuerdos de sus antiguos moradores. La brisa traía un perfume mezclado de hojas nuevas y asfalto tibio, el arrebol, en su descenso pausado, hacía brillar los edificios con la melancolía de las tardes que saben a despedida.

En la casa de Juana, que con sus muros gastados aún se erguía como testigo de incontables inviernos y veranos, se congregaban viejas amigas. Aquellas que, décadas atrás, habían caminado descalzas sobre las veredas calientes, compartido meriendas bajo la sombra de la plaza Bogotá y dejado sus risas impregnadas en cada esquina del barrio.

La tetera aún silbaba sobre la cocina, y en la mesa, el mate humeaba con la promesa de una charla sin prisas. Norma, que había crecido entre esas mismas calles, llegó con una sonrisa de anticipación. Sabía que esa reunión sería un regreso al pasado, un portal abierto por la memoria y la complicidad. Y así fue. Entre sorbos de mate y miradas chispeantes, comenzaron a desenredar el ovillo de los días pasados.

—¿Se acuerdan de la plaza Bogotá? —preguntó alguien. Todas asintieron con una nostalgia que se sentía casi tangible.

Esa plaza había sido el epicentro de su juventud. Allí, cada tarde, la vida cobraba un ritmo propio: los jóvenes caminaban de un lado a otro, en un desfile interminable de coqueteos y risas furtivas. Incluso la lluvia no era obstáculo; con paraguas en mano, seguían recorriendo aquel pequeño mundo que era suyo. Fue entonces cuando Edelmira, con un brillo travieso en los ojos, lanzó la pregunta:

—¿Y quién se acuerda del Julio?

Las risas estallaron de inmediato. Norma, entre carcajadas, evocó aquella escena inolvidable: el Julio, siempre alborotador, dueño de un club frente a la plaza, gritándoles desde la vereda para captar su atención. Y luego, con la desfachatez de la juventud, bajándose los pantalones en plena calle, ofreciéndoles un atrevido «cara pálida» con un gesto burlesco. Norma, sin pensarlo dos veces, cruzó la calle con la determinación de una tormenta. Agarró una silla del club y, entre gritos y risas de sus amigas, le asestó unos cuantos sillazos al insolente.

—¡Cómo se te ocurre hacer algo así, desgraciado! —le gritaba, mientras las demás chicas se tapaban los ojos, horrorizadas pero divertidas.

La carcajada colectiva retumbó en la habitación, como si aquel momento hubiese ocurrido ayer.

—Te lo tuvimos que quitar de encima antes de que lo dejaras listo para el velorio —dijo Edelmira, secándose una lágrima de risa.

Pero el tiempo, siempre implacable, había seguido su curso. Edelmira bajó la voz y, con una sombra de tristeza en la mirada, anunció que el Julio había muerto la semana pasada. Sus últimos años los había pasado postrado, consumido por una enfermedad que lo había doblegado con la misma fiereza con que él había desafiado la vida. Hubo un silencio breve, el tipo de pausa en la que el alma busca las palabras adecuadas para honrar lo que fue.

—¿Tienes agüita ardiente, Juana? —preguntó Norma.

—Por supuesto —respondió la dueña de casa, levantándose con la misma solemnidad de un rito ancestral.

Sirvieron un poco en el mate —un toque de malicia— y, alzando las tazas, brindaron por el Julio, por los días dorados de la juventud y por la Avenida Matta, que seguía guardando sus historias en cada grieta del pavimento.

Entre sorbos y risas, la noche cayó sobre el barrio, envolviendo en su abrazo silencioso a aquellas mujeres que, en esa casa, en esa reunión, habían vuelto a ser niñas otra vez.

LA PLAZA DE TALAGANTE

Historia colectiva

El café humeaba en nuestras manos, desdibujando en el aire figuras efímeras, como susurros de un tiempo ido. El taller llegaba a su fin, pero no así las palabras que, entrelazadas como hilos de un antiguo telar, tejían memorias compartidas. Era un ritual, un retorno a los fogones de nuestros ancestros, aquellos que andaban descalzos y conversaban por horas hasta que las llamas se hicieran brasas, y la oscura noche un crisol de amanecer.

—Recordemos juntos —propuse, y la sala entera pareció inclinarse hacia la evocación. Sentía dicha porque las dudas iniciales con las encargadas del Hogar, se habían disipado con creces. La memoria había triunfado, y rememorar, a esas alturas, ya era para todos un dulce y reconfortante ejercicio:

—A los juegos de niños —dijo Claudio.

—A nuestras historias de pololeo —agregó Margarita.

—Mejor pensemos en un lugar que todos conocimos —sentenció Norma—. La plaza de Talagante.

Se hizo un silencio vibrante, como si de pronto, a través del polvo de la tarde, resucitara la plaza de antaño, la misma que los había visto jóvenes, ilusionados, ligeros.

Porque antes, mucho antes, la plaza era el latido de la semana, el punto donde se anudaban las vidas y los sueños. Las noches se mecían con la música que emergía del quiosco, y los pasos se deslizaban en círculos infinitos, como si el tiempo no existiera más allá de esas vueltas. Los muchachos desplegaban sus mejores galas, como aves en cortejo, y las muchachas, con una mirada apenas insinuada, elegía. De fondo, silbidos salían por las ventanas del Teatro Plaza, reclamando al Cojo porque una cinta se había rayado.

Salir a taquillar a la plaza era un ritual puro, casi sagrado. No como ahora, sentencia la mayoría. Allí, en el corazón de Talagante, el respeto tenía su código.

Un muchacho pedía permiso para bailar, y si los padres negaban la gracia, la música seguía sonando, pero sus pies permanecían quietos. Había una delicadeza en la espera, en la emoción contenida de un giro bajo la noche estrellada. La plaza y el teatro eran testigos de promesas juveniles, de risas limpias, de una inocencia que hoy parece un espejismo.

Porque hoy las plazas son otra cosa, o quizá simplemente ya no las hacen pensando a que sean como antes: espacios para el encuentro de ciudadanos. La música se apagó, el quiosco se esfumó en el olvido, y los bailes se perdieron entre el eco de pasos indiferentes. «La droga echó a perder a la juventud», dicen algunos con tristeza, y aunque el juicio es duro, la nostalgia lo sostiene.

Pero si las plazas tuvieran memoria, si sus adoquines pudieran hablar, aún recordarían las noches en que todos fueron felices.

En la corteza de las palmeras, en la tierra que las abraza, en el pañuelo flameando al viento al ritmo de una cueca,

en los viejos asientos de esa redonda plaza, aún laten aquellos tiempos de bailes inocentes, de encuentros furtivos, de un Talagante que, aunque ido, aún vive en la brisa que sopla entre los árboles.

La plaza, nuestra plaza, sigue allí, esperando que alguien vuelva a bailar.

EPÍLOGO

MIENTRAS SUEÑES, SEGUIRÁS VIVO

*Yo no creo en la edad.
Todos los viejos llevan en los ojos un niño,
y los niños a veces nos observan
como ancianos profundos.*

PABLO NERUDA

En el año 2015, en el marco de mis funciones como técnico en la Dirección de Personas Mayores de la Municipalidad de La Pintana, tuve la oportunidad de coordinar un encuentro intercomunal de compañías de teatro, conformadas por personas mayores. La primera jornada se desarrolló en el Auditorio del Profesor de Melipilla y la segunda en el Auditorio Municipal de La Pintana.

En representación de La Pintana participó la Compañía de Teatro Padre Hurtado, integrada por vecinos de la Población El Castillo. Por Melipilla, lo hizo la Compañía de Teatro Renacer de las Candilejas. Ambas actividades contaron con el patrocinio del Servicio Nacional del Adulto Mayor (SENAMA).

Las presentaciones incluyeron la obra chilena *La Pérgola de las Flores*, acompañada de una muestra de Esquinazo con música en vivo, ambas a cargo del grupo Padre Hurtado. Por su parte, Renacer de las Candilejas deslumbró con la obra *Las Herederas*. A ello se sumó la destacada participación de don Domingo Díaz, folclorista melipillano de reconocida trayectoria.

Recuerdo con nitidez la atmósfera de las jornadas. Recuerdo a cada una de las personas mayores reunidas en el patio del auditorio, compartiendo un cóctel, té o jugo. Conversaban acerca de lo llenos de vida y energía que se sentían, no solo para actuar, sino también para viajar, divertirse y, sobre todo, reír. En esas conversaciones estaba presente un elemento en común: el deseo de seguir aprendiendo.

A partir de esta experiencia, confirmé una convicción que se terminó por consolidar con los años. La vejez, si así lo desea la persona, puede ser un tiempo de plenitud y autorrealización, un ciclo vital posible para dedicarse a actividades que muchas veces son postergadas por las exigencias de otras etapas de la vida.

La vejez enfrenta barreras simbólicas y culturales. Persisten en la sociedad un conjunto de mitos —creencias populares o prejuicios— que reducen a la adultez mayor a una homogeneidad, muchas veces, negativa. Estos estereotipos invisibilizan la diversidad de trayectorias vitales y omiten que cada persona mayor es resultado de un proceso histórico, no solamente social, sino también individual; de sus hábitos, cultura, creencias y experiencias, desde su gestación hasta la última etapa de su vida. Reducir la vejez a una edad cronológica es ignorar su dimensión biográfica.

Aquella tarde, en La Pintana y Melipilla, los y las artistas demostraron con creces que la vitalidad, la creatividad y la pasión no conocen de calendarios.

Entre estos recuerdos hay uno particularmente que permanece imborrable. Al finalizar *La Pérgola de las Flores*, mientras el público aplaudía y vitoreaba de pie, don Juan —uno de los actores— agitaba un pañuelo blanco, conmovido hasta las lágrimas. Su surcado rostro dejaba entrever a un niño que, tal vez, cumplía un sueño largamente anhelado. En su emoción se podía palpar la fuerza de toda una generación diciendo: Aquí estoy, vivo, sintiendo, aprendiendo. Mientras tenga sueños, seguiré vigente.

Nueve años después, el 13 de octubre de 2024, una experiencia similar tuvo lugar en la Casa de la Cultura de Talagante, en el marco de la tercera versión del Mayor Festival de Teatro, impulsado por la Fundación Vigentes, cuyo registro fotográfico forma parte, a modo de cierre, de este último capítulo. En esa ocasión, la primera función estuvo a cargo de la Compañía Talento Otoñal de Casablanca con su obra *Somos hojas de camino*. Más tarde, Renacer de las Candilejas —nuestras amigas y amigos melipillanos— regresaron a escena con la obra *La revuelta*.

Las funciones representadas no solo celebraron el talento y la entrega de sus intérpretes, sino que invitaron a reflexionar sobre el rol de las personas mayores en la sociedad contemporánea. A través del arte escénico, las compañías reivindicaron la experiencia como motor creativo, desafiando las concepciones que asocian la vejez con el retiro o la invisibilidad. En este contexto, el concepto de productividad pareciera ser una suerte de nuevo Dios que ha relegado la expe-

riencia y sabiduría que brindan los años a un espacio de baja o nula relevancia. Sin embargo, en el diálogo con el público se hizo evidente el valor simbólico y social que las personas mayores aportan desde sus trayectorias, memorias y miradas críticas sobre el presente.

Esta apuesta artística de hombres y mujeres en la etapa de la vejez se alinea con los principios promovidos por la Organización Mundial de la Salud (OMS) en torno al envejecimiento activo. El cual es entendido como un proceso de optimización de oportunidades para la salud, con participación y seguridad, que tiene la finalidad de mejorar la calidad de vida a medida que las personas envejecen. El teatro, como práctica artística y social, se erige en un espacio privilegiado para fomentar la participación, fortalecer redes comunitarias y preservar el sentido de propósito vital; elementos fundamentales para un envejecimiento saludable.

Desde la perspectiva de Pierre Bourdieu, estas experiencias pueden ser analizadas como una forma de capital cultural acumulado, en tanto integran saberes, habilidades, memorias colectivas y experiencias biográficas que, puestas en escena, contribuyen a la construcción de identidad y a la transmisión intergeneracional de valores y tradiciones. El arte escénico en manos de personas mayores no solo es un medio expresivo, sino también una estrategia de resistencia simbólica, frente a narrativas sociales que tienden a invisibilizar o reducir la vejez a categorías deficitarias. A su vez, el arte escénico es un puente comunicante de saberes entre generaciones, dado que las personas mayores encarnan un valor único al ser ellas y ellos los habitantes con mayor experiencia vital.

Los encuentros aquí narrados trascienden la mera actividad recreativa, se sitúan en el terreno de las prácticas culturales significativas, capaces de incidir en la cohesión social y en la percepción pública de la vejez. Reconocer este aporte implica no solo valorar las manifestaciones artísticas de las personas mayores, sino también integrarlas activamente en el diseño de políticas culturales y comunitarias que comprendan el envejecimiento como una etapa de creatividad, agencia y contribución social sostenida.

Que este texto y las fotografías que lo acompañan, sean testimonio de su legado y permanencia, no solo como registro histórico, sino como reconocimiento a un aporte vivo y vigente a nuestra sociedad, hoy, mañana y siempre.

Querido lector, no olvides nunca que mientras sueñes, seguirás vivo.





Somos hojas de camino
Compañía de Teatro Talento Otoñal de Casablanca
Casa de la Cultura de Talagante
13 de octubre de 2024









La revuelta
Compañía de Teatro Renacer de las Candilejas de Melipilla
Casa de la Cultura de Talagante
13 de octubre de 2024





AGRADECIMIENTOS

A los trabajadores del extinto centro diurno «El Patroncito» de Talagante y a Nicole Alfaro, por creer en este proyecto y abrir sus puertas a la recopilación de memorias. A los asistentes, por despararramar sesión a sesión sus recuerdos, penas, alegrías, logros y sueños. A Roberto Morales, por rescatar este trabajo e incentivarme a publicarlo después de diez años desde su gestación. A la Fundación Vigentes, por su apoyo en la facilitación y difusión de este proyecto. A Fernando Antonio Ruz Díaz, por compartir generosamente su imagen para el diseño de la cubierta de este libro. A mi abuela Jovina, madre Beatriz e hija Mariana Küyén, por ser la energía femenina que alumbra los senderos de días inciertos. A los imponentes cerros de Lo Miranda, donde terminé de reescribir estas historias.

ÍNDICE

9	Introducción: Donde alcanza la memoria
13	El Hogar de Cristo
26	Mis 24 hermanos
29	El rugido del Ford naranja
33	Los hijos
37	Los destellos de luz de mi abuelo
40	El gallo
42	Volver a nacer
46	Condimentos
49	La lavadora
53	Los matorrales
56	Mis ojos
58	Olor a campo
61	Los tacos
63	Historias de mi barrio
66	La plaza de Talagante
69	Epílogo: Mientras sueñes, seguirás vivo

EN
ESTE TRABAJO
COLABORARON BELÉN
RAMÍREZ EN EDICIÓN Y ROBERTO
MORALES EN DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN.
EL LIBRO FUE ELABORADO UTILIZANDO
UNA TIPOGRAFÍA SANS SERIF Y FUE
IMPRESO SOBRE BOND BLANCO DE 80 Y
105 GRAMOS. SU ÚLTIMA CORRECCIÓN
SE LLEVÓ A CABO EN EL DELICADO
MES DE AGOSTO DEL AÑO
2025.